

Hernán Neira: EVOLUCION DEL SIGNIFICADO DE "SOCIALISMO" EN CHILE: EL CASO DEL CANDIDATO RICARDO LAGOS ¹

LA FIGURA DEL NARRADOR EN POLITICA

El discurso de un candidato a presidente de la república responde a exigencias del simbolismo político que sociólogos y otros especialistas y asesores de los políticos tratan de definir. La multitud de actividades e intervenciones públicas de un candidato, con aspiraciones a la presidencia, impiden que éste, quienquiera que sea, tenga tiempo para realizar personalmente los estudios destinados a determinar las características del sistema discursivo necesario para actuar en política ². Este lenguaje es un sistema de valores simbólicos y/o semánticos, cuyo carácter sistémico hace que cada uno de dichos valores valga únicamente en relación a los demás. Una de las paradojas de la lengua es su aparente inmovilidad para el locutor y, al mismo tiempo, la inestabilidad total de sus términos y de los valores semánticos que éstos poseen. Lo que fija la lengua no es la inmovilidad gramatical o semántica, sino el carácter arbitrario y totalmente libre del vínculo entre significante y significado, arbitrariedad que, paradójicamente, establece una interdependencia total del conjunto de signos. La modificación llevada a cabo por uno sólo de sus componentes produce una modificación marginal prácticamente nula en la lengua. Puede establecerse entonces un paralelismo entre lenguaje y condiciones de la vida política. Los valores semánticos del lenguaje político, tomados individualmente, son absolutamente inestables, pero el hecho de que su valor específico sea resultado de su relación con los valores del conjunto lingüístico y, el hecho de que nadie pueda modificar por sí sólo la lengua, les da una gran estabilidad. Uno de dichos valores, más inestable de lo que pudiera pensarse, es la palabra "socialismo".

Hagámonos una pregunta de orden más general: ¿puede, en el discurso político, establecerse una diferencia semejante a la que existe entre el autor (por ejemplo Valdimir Nabokov) y el narrador (Humbert Humbert, en *Lolita*) en el discurso ficticio (novela, teatro, etc)? Nuestra hipótesis es afirmativa; es posible distinguir, en el discurso político, por una parte, un autor y, por otra, un narrador, que no necesariamente es la persona que lee o pronuncia el discurso político. Una prueba de ello es que, cuanto más elevado es el rango de quien ejerce la función pública, más acude a asesores y a redactores profesionales.

En una novela, el autor puede y hasta debe esconderse tras el narrador personal (yo,

¹ Agradecimientos al candidato a presidente por el Partido Socialista, Ricardo Lagos, quien, por medio de su equipo, en especial Paula Walker, nos facilitó las versiones escritas de seis discursos pronunciados de Agosto a Noviembre de 1992, sin poner ninguna restricción a su uso. Los discursos son: *Chile XXI: Opciones de Programa Para una Sociedad Democrática* (discurso programa, 8/8/92); *Chile el Proyecto: Los desafíos pendientes*, ENADE 1992; *Chile XXI en la X Región* (17/10/92); *Discurso del Señor Ricardo Lagos Ante los Escrutinios* (10/11/92); *Conferencia de Prensa Sobre el Tema "Verdad, Justicia y Pluralidad Pública"* (3a semana de Noviembre); *No Soy Segundón de Nadie*, entrevista con preguntas redactadas, aparentemente, a posteriori, 12/10/92.

² El poder también tiene símbolos no discursivos, pero no nos ocupamos de ellos aquí.

nosotros, etc) o impersonal (se), pero se trata siempre de una entidad ficticia. Humbert Humbert, en *Lolita*, por ejemplo, es una creación de Vladimir Nabokov; uno y otro tienen una identidad personal irreductible e inconfundible; lo que dice uno y otro responden a lógicas y propósitos simbólicos distintos, no necesariamente compatibles. Así, resulta difícil, o imposible, atribuir a Nabokov la pasión que H.H. siente por las ninfalas. Autor y narrador poseen identidad y personalidad, pero se distinguen en que la del autor es real y, la del narrador ficticia, y en el hecho de que la regla que determina la conducta (el discurso es parte de una conducta) del narrador es estética y dramática. Sin embargo, a pesar de que un mínimo de precisión científica permite distinguir autor y narrador, existe una marcada tendencia, incluso entre los críticos, a establecer un paralelismo entre la vida del autor y la del narrador; el mismo Nabokov se quejaba, en 1956, de que un amigo bien intencionado haya pensado, tras leer *Lolita*¹, que su autor vivía en un mundo tan deprimente como el de sus personajes.

Las relaciones entre narrador y autor se complican en los casos en que aparece un narrador, y a veces hasta un personaje, que toman el nombre del autor. Así, por ejemplo, en *El Eiro*, cuyo autor es Jorge Luis Borges, figuran otros dos Jorge Luis Borges: el narrador y un personaje:

"- En tal caso -le dije resueltamente- usted se llama Jorge Luis Borges. Yo también soy Jorge Luis Borges. Estamos en 1969, en la ciudad de Cambridge"².

Los tres Borges tienen personalidad e identidad, pero los dos últimos son ficticios; pretender que el autor, la persona real llamada Borges, tiene algo en común con el Borges-narrador o con el Borges-personaje, es desconocer la esencia de la ficción y la esencia de una escritura cuya fuerza radica en las falsas semejanzas entre lo ficticio y lo real.

En el discurso científico, las relaciones entre el narrador y el autor son más claras. Copérnico, en su libro *Sobre las revoluciones de los orbes celestes*, afirma: "ya se demostró que la tierra tiene forma de globo"³. Abunda, en ese tipo de textos, modernos o contemporáneos, el impersonal "se", que impone una distancia entre el narrador y el autor; la demostración a la que se refiere Copérnico ha sido hecha por una comunidad científica que le precede, el autor del discurso sobre los astros da cuenta de dicha demostración, la haya o no hecho él directamente. Del mismo modo, nadie pretendería que un sociólogo que habla de la cantidad de crímenes que "se" cometió en un año, sea el criminal que los llevó a cabo.

La situación del discurso político es distinta. El narrador político, aquél que lee o habla, no necesariamente ha escrito el contenido de lo que dice, pero eso no le impide rubricarlo, tal cual H. H. puede rubricar la narración de su desenfrenado amor por Lolita. La distinción

¹ Nabokov, Vladimir; *Lolita*, Ed. SUR, Buenos Aires, Argentina, 1959.

² Borges, Jorge Luis; *Obras Completas*, Emecé, Buenos Aires, Argentina, 1974.

³ Copérnico, Nicolás; *Sobre las revoluciones de los orbes celestes*, Editorial Nacional, Madrid 1982, p. 104.

entre autor y narrador en el discurso político es semejante a la de la novela, pero invertida. En la ficción, el narrador adquiere la vida que le exige el sistema simbólico inventado por el autor, sistema que no necesariamente es el de éste. En política, el narrador expresa los pensamientos o sentimientos del autor, pero, aunque ambos sean reales, no se identifican siempre en la misma persona. El autor del discurso político es, muchas veces, un grupo político, y aunque quien pronuncia el discurso hable en primera persona, sus pensamientos y sentimientos en tanto individuo real pasan a segundo plano (relativamente hablando, siempre existe cierta identidad entre la persona del político y su discurso, aunque haya sido elaborado por otros). Quien pronuncia un discurso político es un narrador personal y real, que presta su voz a un autor impersonal, aunque también real, como son un grupo, partido o proyecto político. No es posible, hoy en día, que el político, en cuanto individuo real, posea todas las virtudes necesarias para elaborar y ser el autor de sus discursos. La persona del narrador, aquel que pronuncia un discurso, es siempre demasiado grande, o demasiado pequeño, en relación a lo que exige el sistema lingüístico con que se lucha por conquistar el poder del Estado y llevar a cabo un proyecto político. En situación de democracia, las instituciones políticas son tales que existe siempre un autor colectivo que elabora aquello que el candidato no podría elaborar por sí mismo, y donde éste toma parte como autor principal, quizás, pero, casi nunca, único. Aparte del apoyo técnico y del acopio de conocimientos que una persona jamás podría acumular, la función lingüística y semántica de los asesores es aumentar al máximo el grado de compatibilidad entre el campo semántico del sistema político y aquél del lenguaje propio del individuo o narrador real que pronuncia el discurso. El candidato ideal en democracia es aquél cuyo lenguaje corresponde léxica, semántica y gramaticalmente al sistema de vida pública vigente, incluyendo las posibilidades de cambio que el sistema tolera sin traumas. Ahora bien, ese candidato ideal no existe, y pedir que exista sería como pedir que Vladimir Nabokov se convirtiese en H. H. para que *Lolita* parezca más "real". La persona y el discurso individual deben desaparecer en todas las manifestaciones públicas del político; en estas debe aparecer el discurso desarrollado por ese autor colectivo de un proyecto que se manifiesta en la voz del candidato. Los autores tratan de acercar la voz del narrador, en este caso la persona del candidato, a la norma lingüística determinada por el programa, por el grupo de afiliación, por lo que éstos esperan como interpretación que el público dará a lo que escuche, y por lo que el público mismo espera.

El individuo real, que desempeña la función de candidato-narrador, pueda desempeñar una función análoga a la que desempeña, por ejemplo, H. H. en *Lolita*: transmitir al público un sistema lingüístico ideado por el autor, sistema que el autor no podría comunicar sin pasar por un narrador. En política, los autores de discursos conocen, mejor que el narrador, que el significado de un signo es fruto de una interpretación activa del "receptor", de la confluencia del discurso con un público. El público deberá ver, en la persona del candidato, la encarnación de un proyecto, evitando todo riesgo de que el candidato pueda adquirir voz

propia o pueda asumir la posición del autor ¹. Verdad es que, en muchas ocasiones, la excesiva impersonalidad del candidato puede hacer fracasar la comunicación del mensaje elaborado por el autor, pero esto no anula nuestra tesis de que la voz personal del candidato-narrador ha de desaparecer. En qué medida en candidato ha de figurar con una identidad distinta de la de su grupo de afiliación, es materia de debate entre sus asesores y, muchas veces, de decisión del grupo colectivo de autores, entre los cuales el narrador puede o no desempeñar un papel principal. Del mismo modo, en una novela, corresponde al autor decidir si el narrador aparecerá bajo la forma impersonal "se" o bajo la forma de una persona, como es el caso de H. H. en *Lolita*.

En la medida que el autor del discurso político habla en nombre de un grupo, su dependencia lingüística adquiere una naturaleza particular mediante la cual el autor desaparece como locutor individual para adquirir el rango de "portavoz" o, en el caso que estudiamos aquí, de "candidato". Resulta secundario que el portavoz o candidato de un grupo sea a su vez el autor material del discurso que lee o pronuncia; lo importante es que, en particular en el caso del portavoz, se produce una separación de derecho entre el autor y el narrador, que ya no necesitan encarnarse en la misma persona, en el mismo individuo. En la medida en que la política se propone más orientar voluntades colectivas en el sentido de un programa determinado que imponerlo por la fuerza, el hombre público se apropia de un campo lexicográfico y semántico, que no necesariamente ha elegido. Las características lexicográficas propias de su partido o programa provienen más del rescate y eliminación selectivos de ciertos valores previamente incorporados al lenguaje, que de la invención de palabras o conceptos ².

El candidato Ricardo Lagos, que distinguimos del ex-ministro o del militante socialista, desempeña, de acuerdo con nuestro análisis, el rol del narrador. Por eso, poco importa si los textos estudiados aquí han sido o no escritos por Lagos ³. Nuestro trabajo se centra en el narrador-Lagos, esa entidad que no debe confundirse con la persona-Lagos ni con los autores de sus discursos, aunque el candidato tome parte su redacción. Ese narrador desempeña una función llamada "candidato a presidente de la república por el Partido Socialista/Partido Por la Democracia". Ese candidato desborda, por exceso o por defecto, a la persona en la que se encarna, el candidato es una voz cuyo discurso satisface exigencias del simbolismo político, tal vez aliadas, tal vez contradictorias con las exigencias del simbolismo personal. Por otra parte, fieles a la perspectiva lingüística, al hablar del signo llamado "socialismo" no mentamos un hecho, ni siquiera un pensamiento político, sino un campo semántico, un área

¹ Son numerosos los ejemplos en que esta encarnación se agota o destruye, provocando, casi siempre, pequeñas o grandes crisis políticas.

² La proporción entre rescate e invención varía en cada grupo. Esta proporción es en sí misma un valor político y algunos grupos centran su identidad en determinado equilibrio.

³ Tres parecen ser las fuentes del discurso del candidato: SUR-PROFESIONALES LTD, equipo interdisciplinario de consultores que jugó un rol esencial en la elaboración del proyecto "Chile 21", plataforma electoral de Lagos; el "comando Lagos", que es su equipo proselitista con sede en Santiago y antenas en todo el país, en el que hay niveles disímiles; y finalmente Ricardo Lagos.

estrictamente simbólica, no necesariamente conceptual, determinada por un conjunto de relaciones también simbólicas, que puede, según los casos, aunque no necesariamente, tener un referente empírico ¹.

CAMPO Y PROFUNDIDAD SEMANTICA DE LA PALABRA "SOCIALISMO"

Un análisis lingüístico riguroso no puede circunscribirse sólo a la estructura sincrónica, a la superficie presente del sistema de valores semánticos. Un término bicentenario, como el de "socialismo", posee, por una parte, un área o superficie semántica presente, pero también capas de significación históricas, diacrónicas, que subsisten de manera implícita o explícita, constituyendo un conglomerado significativo difícilmente reductible a una estructura lógica y sin contradicciones. La tensión y la contradicción entre los distintos estratos y áreas significativas de una palabra pueden plantear problemas de orden intelectual, político o de definición lexicográfica, pero nada impide que formen parte de su contenido simbólico *esencial*. Todo vínculo lingüístico entre significante y significado, en el sentido saussuriano, es fruto de una interpretación que resulta de la confluencia de la superficie y estratos significativos de quien envía el mensaje, con la superficie y estratos que le atribuye quien lo recibe. No existe, pues, "recepción neutra"; escuchar un discurso es interpretarlo espontánea y/o sistemáticamente. Por otra parte, el funcionamiento del simbolismo lingüístico y de la constitución de sentidos y/o significados en la consciencia, no están determinados, fundamentalmente, por una estructura lógica, sino por estructuras afectivas, asociativas, perceptivas, etc, que varían de una persona a otra.

La profundidad, apenas sondable, de los estratos de significación de la palabra "socialismo", determina tres características semánticas que le son propias. En primer lugar suscita un contenido simbólico difícil de cernir; en segundo, en la medida en que los substratos no se hacen evidentes, se puede agregar, con mayor facilidad que en el caso de otras palabras, nuevas capas de significación; y, en tercer y último lugar, impide una modificación brusca del campo semántico por el mismo hecho de tener una profundidad que lo ancla en una tradición. Se produce entonces una paradoja tan extraña como efectivo: la palabra "socialismo" permite acumular significados más o menos contradictorios, más o menos compatibles, pero ninguno de ellos logra modificar, por sí mismo, el sentido de la palabra.

No es necesario que los estratos significativos que una palabra suscita en quien la escucha sean compatibles con aquellos que suscita en otra. Una de las constantes de quienes han usado o tratado de definir en Chile la palabra socialismo, en el campo político, ha sido rechazar toda definición unilateral o circunscrita a textos ideológicos, de cualquier naturaleza

¹ La discusión de este aspecto corresponde a la historia y a la filosofía.

que sean ¹. Por eso, las características del sustrato semántico de la palabra "socialismo", obligan a rastrear sus orígenes en distintos momentos y fuentes. De estas, hemos seleccionado tres: la definición del DRAE, las definiciones dadas por ciertos textos clásicos marxistas y, finalmente, por el discurso del candidato Ricardo Lagos, considerado aquí, según nuestra definición previa, como narrador más que como autor de un proyecto ².

La definición del DRAE es la más externa al socialismo chileno, pero es una referencia ineludible que, además, probablemente juega un rol importante en la interpretación que muchos auditores hacen del término o de otros relacionados con él:

"Sistema de organización social que supone derivados de la colectividad los derechos individuales y atribuye al Estado absoluta potestad de ordenar las condiciones de la vida civil, económica y política, extremando la preponderancia del interés colectivo sobre el particular" ³.

Si nos atenemos a la declaración de principios del Partido Socialista, en 1935, bajo inspiración intelectual de Eugenio Matte Hurtado, Marmaduke Grove y Oscar Schnake, es necesario afirmar que la colectividad queda fuera del campo del "socialismo" según lo define el DRAE. En efecto, comentando los orígenes del socialismo, Julio César Jobet, en un libro clásico intitulado *El Partido Socialista de Chile* ⁴, afirma que "el socialismo chileno es antiestatista. Es contrario al dominio del Estado gendarme, al servicio de la clase propietaria dominante utilizado como fuerza policial de represión de la clase trabajadora" ⁵. Eso no impide, sin embargo, que paralelamente el PS proponga una "sociedad socialista" basada en la "propiedad pública de los medios de producción" ⁶. Para el PS de entonces, la sociedad socialista se basa tanto en la planificación, como "en el control y manejo democráticos de la economía y del Estado". ¿Cómo se concilia la afirmación del antiestatismo y aquella tendencia a la planificación central? "Democracia en la economía y en el Estado" forma parte del significante "socialismo" para el PS de los años treinta, pero también la propiedad pública de los medios de producción. Cohabitan aquí dos estratos y superficies semánticas distintas, estratos tal vez contradictorios lógicamente o políticamente, pero pertenecientes con igual derecho a aquello que se entendió, en los orígenes del socialismo chileno, por socialismo. No es extraño que el campo semántico de la palabra "socialismo" sea tan ambiguo y tan amplio. Recordemos que, según Jobet,

¹ Léase respecto a la heterogeneidad ideológica y a la difícil definición del socialismo chileno la carta de Juan Carlos Moraga, "ex-presidente de P. S.", en el diario *EL MERTUÑO*, Santiago de Chile, 30/11/92.

² Lagos también es autor, pero el estudio de lo que él piensa como autor escapa a nuestro trabajo, que se ocupa sólo de la institución llamada "candidato".

³ DRAE, Decimonovena edición, Espasa Calpe, Madrid, España, 1980.

⁴ Jobet, Julio César, *El Partido Socialista de Chile*, Ed Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1971. Las referencias posteriores a la historia del partido socialista y a lo que dicha palabra quería decir en hacia 1933 han sido extraídas de dicho libro.

⁵ Jobet, Julio César, op. cit., p. 118.

⁶ Jobet, Julio César, op. cit., p. 120.

“el socialismo chileno nació ligado a la fecunda tradición democrática del pueblo, a su izquierdismo un tanto confuso pero generoso y rebelde. Por sobre las divergencias de de interpretación, el socialismo, en forma general, era para sus militantes y simpatizantes un ideal de fraternidad y una esperanza en una sociedad mejor y más justa”¹.

Tanta heterogeneidad ideológica fue motivo de áridos debates en los que se intentó, inútilmente, a mediados de los años sesenta, dar un contenido más preciso a lo que se entendía por socialismo, dándole un contenido “marxista-leninista”. Un vistazo somero a *El Estado y la Revolución*², de Lenin, en el cual cita abundantemente a Marx, permite acotar uno de los diversos estratos semánticos que se agregan al término socialismo, tal cual fue usado en los discursos de los años 60-70, sin llegar jamás a anular los estratos anteriores de significación. Para Lenin, el “socialismo” es una etapa entre el capitalismo y el comunismo, durante la cual subsisten condiciones de la primera y de la última:

“En la primera fase de la sociedad comunista (a la que suele darse el nombre de socialismo), el “derecho burgués” no se suprime por completo [...] El “derecho burgués” reconoce la propiedad privada de los individuos sobre los medios de producción. El socialismo los convierte en propiedad *común*. En este sentido -y sólo en este sentido- desaparece el “derecho burgués”. Sin embargo, este derecho persiste en otro de sus aspectos: como regulador de la distribución de los productos y de la distribución del trabajo entre los miembros de la sociedad. “Quien no trabaja no come”. Este principio socialista es ya una realidad [...] La diferencia científica entre el socialismo y el comunismo es clara. A lo que se acostumbra a llamar socialismo, Marx lo llamaba “primera” fase o fase inferior de la sociedad comunista. Por cuanto los medios de producción se convierten en propiedad *común* puede aplicarse también a esta fase la palabra “comunismo””³.

A diferencia del DRAE, Lenin, usando otra terminología y citando a Marx, deja un espacio para lo que llama el “derecho burgués”. Lo califica de “etapa”; el significado “tiempo” queda así ligado, junto al de “gradualidad”, al significante “socialismo”, que no es una meta, sino un medio, una época de transición. Ni en Marx y ni en Lenin existe, lingüísticamente, oposición total entre el llamado derecho burgués (esencialmente derecho de propiedad) y socialismo, oposición que, tal vez, pueda existir en el plano político. Es más, el “socialismo” es definido como una etapa en que ambos regímenes jurídicos subsisten. Con todo, no puede negarse que el concepto de socialismo, usado por el Partido Socialista en los congresos de 1965 y 1967, agrega un estrato significativo esencialmente marxista al concepto de socialismo utilizado en el mismo partido, otrora cargado de un pacifismo laico, nacionalista y colectivista (ver tabla al final de este texto). Así, el anticlericalismo se

¹ Op. cit, p. 116.

³ Lenin, V.I; *El Estado y la Revolución*, Editorial Progreso, Moscú, Unión Soviética, 1960, pp 367-371.

convierte en marxismo-leninismo, el nacionalismo en internacionalismo proletario y, la lucha por la paz, en violencia revolucionaria. Sin embargo, el marxismo no logra borrar el antiestatismo del socialismo del partido socialista. Este antiestatismo encuentra una nueva formulación lingüística en los años sesenta, que expresa el rechazo a la función directiva asumida por algunos partidos marxistas y por algunos Estados: "ningún partido ni Estado debe monopolizar la dirección de los pueblos". Por supuesto, no tratamos aquí el tema de la correspondencia entre el discurso y la acción; nuestro análisis es lingüístico, no político. Los estratos significativos de la palabra socialismo, sin duda en confluencia con factores extralingüísticos, tienen una permanencia superior a las modas y a las definiciones programáticas de los socialistas o de los antisocialistas. Nada sería tan erróneo como pensar que en esta, o en otra época, el campo semántico de la palabra se limita a las definiciones más explícitas o coherentes desde el punto de vista lógico y/o político. Es más, puede ser que la eficacia movilizadora y el interés afectivo que suscita una palabra como la de "socialismo" provenga del hecho de que su campo semántico es particularmente amplio. Ello permite asociarlo a una multitud de imágenes mentales (significados), tal vez contradictorias tomados en conjunto. Sin embargo, en la medida que cada individuo sólo asocia la palabra con uno o unos pocos estratos del campo semántico de la palabra socialismo, y, en la medida que, a todos los estratos, es común cierta indefinición y permeabilidad de sus fronteras, ninguno de ellos podría excluir, por una pretensión semántica totalitaria, los significados que la palabra suscite en otras personas.

Esto nos permite plantear la siguiente hipótesis: el candidato Ricardo Lagos, militante del Partido Socialista, agrega un nuevo estrato significativo a la palabra "socialismo", por mucho que no la nombre jamás en sus discursos. Aunque no use el término "socialismo", una parte importante de los ciudadanos toma los discursos de Lagos como parte de un programa socialista contemporáneo, con lo cual contribuye a dar a este término un nuevo significado¹. Lo planteamos como hipótesis por tres razones: la primera, es que hay quienes, al interior del Partido Socialista, piensan que Ricardo Lagos, siendo un candidato del Partido Socialista, no es un candidato "socialista" ni propone un programa que pueda ser calificado de tal. Este hecho es, para algunos, un defecto y, para otros, una virtud, pero no corresponde analizar aquí ese problema, que es político más que lingüístico. La segunda, es que los estratos semánticos sólo se constituyen a largo plazo; aún es pronto para decidir qué, cuánto y cómo Lagos ha agregado, o despojado, de nuevos estratos significativos al término socialismo. La tercera, es que no tenemos otro modo de indagar el campo semántico de lo que socialismo quiere decir para el candidato Lagos.

Ricardo Lagos no opone ya socialismo a capitalismo, por suponer que se trata de un

¹ Miles de ciudadanos que jamás hubieran votado por un un socialismo del tipo del propuesto por el Partido Socialista en 1970, estarían dispuestos a hacerlo por un socialista "laguista". Pero la afirmación inversa también es válida.

conflicto superado ¹. Existiría una crisis que afecta tanto al Estado de bienestar como al Estado liberal, lo que obliga a superar ambas estructuras políticas, abordando, simultáneamente, el problema del desarrollo económico y de la equidad. Lagos define como “progresista” el hecho de abordar este problema de manera conjunta. Este tema vuelve abundantemente en su lenguaje, y lo define así: “quiero entender una propuesta progresista como aquella que se propone en el menor tiempo posible, y por los métodos más eficaces, terminar con la pobreza en nuestro país” ². Planteado en esos términos, “progresista” no quiere decir nada, o casi. En el discurso-programa electoral, Lagos es más explícito:

“los progresistas somos los actuales continuadores de la lucha por el Estado Liberal y la democracia representativa” ³.

Un poco más adelante, en el mismo documento, agrega:

“la gran búsqueda del ser humano ha sido compatibilizar libertad con igualdad. Hemos aprendido que una es inseparable de la otra. Que no podemos ahogar la libertad so pretexto de alcanzar la igualdad. Y que los niveles de igualdad, cuando se dan sin libertad, a la larga no permiten a la sociedad mantenerse en el tiempo. Por ello, así como la equidad ayer era un imperativo ético, hoy sabemos que la igualdad y la equidad pasaron a ser, también un imperativo económico en un mundo de países sin fronteras [...] Hay que derrotar la pobreza porque ningún país compite en el mundo de hoy con tensiones sociales producto de tremendas desigualdades en su interior” ⁴.

Compatibilizar libertad e igualdad, dos palabras que aparecen multitud de veces en la declaración de principios de 1933, si bien entonces no tenían un significado tan claramente definido en relación, y oposición, al liberalismo salvaje de 1973-1989 en Chile, y al llamado “socialismo real”. No es, por tanto, completamente nuevo el enfoque de Lagos, ni puede decirse que su lenguaje sea contradictorio con el lenguaje histórico del socialismo chileno. Más parece una actualización y un definir con mayor precisión el confuso lenguaje e ideales de los años treinta, aunque algo destefido del contenido revolucionario que adquirieron en los años sesenta. Esta actualización y mayor precisión tiene una fuerte carga cepaliana ⁵, institución de Naciones Unidas que, en una serie de trabajos que comienzan ya a ser célebre en los medios especializados, ha propuesto varias alternativas de crecimiento acompañado de equidad. En éstos, la equidad aparece como un requisito fundamental para mantener la eficiencia económica, más que como bandera ideológica o política.

¹ Lagos, Ricardo; discurso con motivo del encuentro de empresarios ENADE'92, Santiago, Octubre 1992, p. 4.

² Lagos, Ricardo; discurso en la Cancillería, Santiago, 10 de Noviembre de 1992.

³ Lagos, Ricardo; conferencia *Chile XXV*, Santiago, 8/8/92, s/n. Subrayado en el original.

⁴ *Ibid.*

⁵ CEPAL, Comisión Económica Para América Latina, organismo especializado de Naciones Unidas, con sede en Santiago.

En ningún momento habla, el candidato Lagos de “socialización de los medios de producción”, ni de “substitución del capitalismo por el socialismo”, como se habló, en el Partido Socialista, desde su fundación hasta 1979, 1985 ó 1989, según los programas seguidos por las distintas fracciones en momentos de división y/o reunificación. Es más, Lagos toma distancia explícitamente respecto a tal propuesta y a su principal ideólogo:

“A juicio del pensador alemán [Marx], la socialización de los medios de producción era entonces [hace 150 años] un paso necesario para lograr mayores niveles de equidad en una sociedad donde la diferencia provenía de la propiedad del capital. Ciento cincuenta años después, esto no es así. *Lo que determina en gran medida la diferencia entre unos y otros es el acceso que hayan tenido al conocimiento*”¹.

¿Puede desplazarse la rivalidad por detentar el capital productivo, por la rivalidad por detentar el capital simbólico, es decir los conocimientos? ¿Puede declararse alguien socialista y no proponer la socialización de los medios de producción? Desde el punto de vista político, tal vez pueda ser una anatema inaceptable, y quizás también lo sea si nos atenemos a ciertas definiciones que fueron tradicionales en el Partido Socialista, o a aquellas que proponen Lenin o el DRAE. Pero nada obliga a atenerse a ellas. La lengua, que no necesariamente sigue leyes lógicas, es demasiado rica y movediza para caber en un texto ideológico o en el diccionario. Este último, en particular, es un punto de apoyo del buen hablar, pero no una norma absoluta. En efecto, desde el punto de vista lingüístico, el carácter arbitrario de los significantes en relación a su significado, permite que aquellos se provean de cualquier significado. No hay por qué pretender que la palabra “socialismo” tenga que significar, hoy, “socialización”. Lo que planteamos aquí es, justamente, que el significado de cualquier palabra se construye por sucesión, acumulación y *eliminación* histórica de áreas semánticas.

En el plano ético, donde en 1933 se hablaba de “confianza en el ser humano”, de “anticlericalismo”, de ser “enemigo de cualquier claudicación de la razón” y de “optimismo”, Lagos habla hoy de “solidaridad”, “humanismo”, y “creatividad”². Lagos no define esas palabras; proponer nosotros su significado o su relación con anteriores estratos de la palabra socialismo resultaría aventurado. Sin embargo, la amplitud de significado del término socialismo es tal que perfectamente pueden formar parte de alguno de sus estratos semánticos. Ese vago ideal de fraternidad, del que hablaba Jobet, tiene muchos defectos, pero entre sus virtudes está la de ser una especie de “melting pot”, que problememente siga manteniendo unido a un partido en el que confluyen distintos pensamientos y tradiciones.

Volvamos a un tema tal vez conflictivo: ¿Lagos, autor o narrador? Llamamos “autor” a la persona, grupo de personas o colectividad, personal o anónima, que produce un discurso

¹ Lagos, Ricardo; conferencia *Chile XXI*, Santiago, 8/8/92, s/n. Subrayado en el original.

² Lagos, Ricardo; conferencia *Chile XXI*, Santiago, 8/8/92, s/n.

oral o escrito. Llamamos narrador, en política, a quien pronuncia un discurso, lo haya o no redactado. Narrador y autor pueden coincidir, en política, en una misma persona. Ello sucede, por ejemplo, en los debates. En éstos, ni el candidato ni sus asesores tienen tiempo de preparar las repuestas para que sean dichas posteriormente por el narrador, por lo que constituyen, tal vez, la principal oportunidad en la cual el narrador y el autor del discurso político coinciden. Sin embargo, la situación de debate no es la más frecuente. Poco interesa saber al lingüista, aunque sí al ciudadano, en qué medida Lagos es autor. Pero, necesario es repetirlo, ese Lagos del que hablamos aquí, no es la persona natural, sino aquella que cumple la función definida por su partido y por la ley: la de candidato. Este modifica, o no modifica según los casos, el campo semántico de la palabra socialismo, modificación que tiene lugar en la conciencia de quienes le escuchan, con relativa independencia de voluntad de éstos o del candidato. En otro plano de cosas, un análisis estilístico somero de las versiones escritas de los seis discursos analizados, pronunciados en un período de dos meses, parece indicar que Lagos no es autor de todos ellos, si bien siempre se mantiene una continuidad ideológica y programática. Los hay con faltas gramaticales, con cacofonías o con oraciones subordinas poco felices, pero el mismo error no suele repetirse en dos de ellos, lo que lleva a pensar que han intervenido distintas plumas. También hay una extensa "entrevista". Entrevista entre comillas: sus respuestas son tan elaboradas que es casi seguro que fueros dadas por escrito, extractadas de su discurso-programa por un periodista que inventó las preguntas a posteriori, o bien la versión escrita de la entrevista fue revisada cuidadosamente por él mismo y sus asesores. Ello no hace más que confirmar nuestra hipótesis inicial: en el discurso ficticio, el autor es real y unipersonal, y el narrador ficticio; mientras que en política, el autor puede ser colectivo o individual, y real como el narrador, que además es, casi siempre, individual.

Santiago, Diciembre 1992

⑤ *Hernán Melina*
Hernando de Aguirre 3819
Providencia, S. To.
 2091644